

“Hegemonía, política y representación”

Expositor: Dr. Ernesto Laclau

Inicio mi exposición definiendo cómo entiendo la categoría “populismo”. El populismo es a mi entender la forma en que se constituye el pueblo como agente histórico y no tiene en absoluto la tonalidad peyorativa que esta categoría ha ostentado con frecuencia en el análisis político cotidiano.

¿Cómo se constituye un pueblo en actor colectivo? En primer término voy a darles un ejemplo. Supongamos que un grupo de vecinos hace un pedido a la municipalidad para que se cree una línea de ómnibus que traslade a la gente del lugar donde vive hasta el lugar donde la mayor parte de la gente trabaja. Si la propuesta es aceptada, no hay ningún problema; pero si la propuesta es rechazada, entonces allí aparece una cierta demanda insatisfecha, una cierta frustración. Si la gente ve inmediatamente que al igual que esa demanda que ha sido rechazada, existen otras demandas que se refieren a la vivienda o al problema del agua o al problema de la escolaridad, que también han sido rechazadas, entonces empieza a constituirse una cierta solidaridad entre todas estas demandas que apuntan a la constitución de un pueblo como instancia que ha sido excluida. En latín, por ejemplo, había una distinción entre *plebs* y *populus*. El *populus* era la totalidad de la comunidad, mientras que *plebs* identificaba a los de abajo. En inglés también existe una palabra muy clara para referirse a los excluidos: *underflow*. Pero caracterizar al pueblo como el conjunto de aquellos que han sido excluidos implica que una cierta particularidad, una cierta parcialidad comienza a ser considerada como el todo, o puesto en otras palabras, que la *plebs* aspira a constituir un *populus*. Y allí entonces tenemos toda una serie de relaciones que voy a presentarles, no sólo en lo que se refiere a la forma en que el Estado canaliza estas demandas, sino también a la forma en que estas demandas se relacionan las unas con las otras, constituyéndose de esta manera en identidades colectivas de un carácter más amplio.

Comenzaré con un ejemplo que hemos utilizado con Chantal Mouffe en nuestro libro *Hegemonía y estrategia socialista*, que a su vez está inspirado en un análisis de Rosa Luxemburgo, en un libro muy conocido que se llama *Huelga de masas, partidos y sindicatos*. El ejemplo está un poco modificado respecto a la forma en que Rosa Luxemburgo lo presentó, pero conserva los lineamientos básicos. Pensemos en un régimen altamente represivo, como el zarismo en Rusia, que está alejado del conjunto de la población por fronteras. Supongamos entonces que en una cierta localidad los obreros metalúrgicos inician una huelga por el alza de salarios. Desde el comienzo, esa demanda, esa reivindicación, que podemos llamar “reivindicación 1”, estará dividida, porque por un lado la particularidad de esa demanda será el alza de salarios, pero por otro, al ocurrir en un contexto altamente represivo, será considerada al mismo tiempo una movilización anti-sistema. Después, por el hecho mismo de ser una reivindicación anti-sistema, alimenta en otra localidad una movilización completamente distinta, llamémosla “reivindicación 2”, por ejemplo los estudiantes inician manifestaciones contra la disciplina en los establecimientos educativos. Desde el punto de vista de la particularidad de las reivindicaciones, ambas son completamente distintas, pero se crea una relación de equivalencia entre ellas en la medida en que son vistas como anti-sistema. Más tarde, en una tercera localidad un grupo de políticos liberales inicia una campaña de banquetes por la libertad de prensa, con lo cual se produce de nuevo una división interna de la demanda pero esta vez un contenido más universal se añade a

los contenidos particulares. Y así se va creando una cadena equivalencial. Esto es lo que he llamado relación horizontal.

Ahora, en cierto momento, será necesario significar, cristalizar la totalidad de la cadena alrededor de un símbolo que la constituya en un todo. ¿Y cuáles con los medios de representación para esta totalidad? Evidentemente sólo las demandas individualizadas que hay en ella. Entonces una reivindicación particular, por ejemplo la “reivindicación 1”, sin dejar de ser una reivindicación particular pasa a significar la totalidad de la cadena, el símbolo a través del cual se constituye el pueblo como una cierta totalidad histórica. Cuando ustedes tienen un pueblo constituido de esta manera, tienen populismo en el sentido más claro del término. Es el caso de Polonia a comienzos de los ‘80s cuando *Solidarnosc* inicia sus movilizaciones. Al principio eran las reivindicaciones particulares de un grupo de obreros de la ciudad de Dansk, pero por el hecho de que estas reivindicaciones tenían lugar en un contexto de muchas otras demandas no atendidas por el régimen represivo, los símbolos de *Solidarnosc* pasaron a ser los símbolos de la totalidad de la movilización popular y fueron construyendo un campo popular como agente histórico efectivo. Esto es lo que nosotros llamamos “hegemonía” en nuestro trabajo teórico: una relación según la cual una cierta particularidad asume la representación de una totalidad inconmensurable con ella. En consecuencia la construcción de un pueblo como agente colectivo siempre va a ser desde este punto de vista una construcción hegemónica. Ya en el pensamiento de Gramsci de alguna manera la noción de hegemonía rompía con la centralidad obrera concebida por las formas clásicas del marxismo. La centralidad del proletariado era el resultado de lo que se llamaba la simplificación de una sociedad bajo el capitalismo, es decir, desaparecerían las clases medias y el campesinado y quedaría como agente colectivo simplemente la masa proletaria.

Pero la centralidad obrera hace imposible la pluralidad de la demanda, mientras que por el contrario en este modelo hegemónico el pueblo siempre será un actor colectivo, aunque no podrá ser identificado totalmente con ninguno de sus elementos constitutivos. Cuando este significante, la “reivindicación 1”, asume la representación de la totalidad, su relación con la demanda particular inicial se va haciendo cada vez mas tenue y empieza a representar algo más amplio; de esta forma tenemos la producción política de lo que llamamos un significante vacío. Aquí “vacío” no es un término peyorativo simplemente porque tiene que representar estos símbolos, sino porque ese significante puede identificarse cada vez menos con un contenido específico. Muchas veces la vaguedad de los símbolos populistas es precisamente la causa de su eficacia política, al poseer una función representativa que escapa a todo particularismo.

Una vez que hemos planteado este primer punto de partida, tenemos que ver en qué circunstancias el pueblo llega a constituirse y cuáles son las formas políticas que asume su desintegración. El pueblo según este análisis es una acumulación de demandas insatisfechas y presupone la existencia de una dicotomización del espacio político en campos antagónicos. Esta dicotomización debe ser generada políticamente y está asociada al establecimiento de una cadena equivalencial. Por el contrario, la desintegración del campo popular se produce cuando empieza a romperse la equivalencia entre el conjunto de las demandas y el particularismo de cada una en especial. Voy a tomar dos ejemplos históricos. En primer lugar me referiré al peronismo durante los años ‘60s, para ver cómo se genera un campo popular y después me referiré a la Inglaterra del siglo XIX, que ilustrará el caso opuesto, su desintegración.

Como todos ustedes saben, la Argentina a partir de 1955, después del gobierno popular peronista, entra en un proceso de rápida desinstitucionalización que dura 18 años. En este proceso se da una acumulación cada vez mayor de demandas insatisfechas al mismo tiempo que se percibe una incapacidad cada vez mayor del aparato institucional para absorber las demandas individualizadas. El resultado de esta situación fue la generación de una cadena equivalencial cada vez más amplia que conduce a 1973. En el transcurso de la década anterior se había hecho necesario encontrar un significativo vacío que cristalizara el conjunto de esta cadena y lo que podía cumplir exactamente con esta función era el reclamo por el retorno de Perón a la Argentina. En ese momento Perón estaba físicamente en Madrid pero a la distancia empieza a operar como un significativo que unifica todo el campo popular -aquí podemos observar cómo las equivalencias son cada vez más amplias-. Finalmente, ya cuando nos acercamos a comienzos de los años '70s, el reclamo de justicia y el reclamo de la vuelta de Perón son prácticamente inseparables uno del otro. Al respecto siempre me gusta contar una anécdota. Algo que leí a comienzos de los '70s en una de esas revistas, como *Primera Plana* (no me acuerdo exactamente cuál). Es el caso de una muchacha que había ido a un hospital a pedir que se le practicara un aborto pero le fue denegado, por lo que después de salir del hospital, toma una piedra y rompe los vidrios gritando: ¡Viva Perón!

Toda demanda individual se cristalizaba a través de estos símbolos. Pero lo dramático fue que, como las demandas que componían esta cadena equivalencial muchas veces eran contradictorias las unas con las otras y por su parte el peronismo funcionaba más bien como un sistema de símbolos y de muchas fracciones, no como un partido institucionalmente organizado, cosas contradictorias se expresaban prácticamente con los mismos símbolos. Cuando Perón vuelve a la Argentina, ya no es un significativo vacío, sino el presidente de la República; pero él mismo ya no conseguía constituir un Estado que lograra la absorción individualizada de las demandas. La historia del peronismo desde este punto de vista es muy interesante. Al comienzo encontramos la figura del "descamisado", que representa precisamente a los de abajo, a los excluidos. Esa imagen del descamisado más tarde desaparece del vocabulario peronista y se empieza a hablar de "comunidad organizada", es decir, no tanto de cadenas equivalenciales sino de la organización de un Estado hegemónico en el cual las diferencias sean absorbidas individualmente. En los años '60s, aquí en la Argentina, yo pertenecía a una organización política de izquierda y recuerdo que una vez Perón nos mandó una carta; en ella Perón era consciente de que estaba escribiendo para un grupo de izquierda y por lo tanto usaba un lenguaje también de izquierda. "Las revoluciones -nos decía- pasan por tres etapas: primero una etapa de preparación ideológica, es decir la izquierda; después un segundo momento con la toma del poder y finalmente un tercer momento donde la revolución se institucionaliza, es decir Stalin", para finalizar que la revolución peronista tenía que pasar de la segunda a la tercera etapa. Quedaba claro que no se daba cuenta de que Stalin estaba en el poder cuando organizó la tercera etapa, mientras que él debía alcanzarlo otra vez y con ese fin estaban encadenándose fuerzas que después harían mucho más difícil el proceso de institucionalización. De cualquier forma en este ejemplo se puede observar cómo operan el proceso de construcción política y la producción discursiva de un pueblo.

Pasemos al segundo ejemplo, con el cual expondré el caso opuesto: cuando esta cadena equivalencial y esta frontera se rompen. Inglaterra en el siglo XIX, en la etapa que precede a la reforma electoral de 1832, había llegado casi a una situación social similar a la de la Revolución Francesa. Existía una gran separación entre lo que se llamaba *Old Corruption*, que era el sistema de poder establecido, y un conjunto popular de demandas, representadas en gran parte por el *Chartism*, que se referían a

la libertad económica, la reforma electoral, la libertad de prensa, el republicanismo, las condiciones de vivienda, las demandas obreras, etc. En estas demandas el pueblo era un actor colectivo y por lo tanto conformaban una cadena de equivalencias. Algunas décadas más tarde el líder del partido conservador, Benjamin Disraeli, continuaba muy preocupado por lo que consideraba la existencia de dos naciones en una y temía que si la situación seguía de esta manera, todos terminarían como Luis XVI. Su objetivo era constituir una sola nación -lema de los *Tories* desde Disraeli hasta Thatcher- y para eso había que romper con la cadena de equivalencias que se había originado a partir de todas esas demandas. La forma de alcanzar este objetivo fue lograr el predominio de la relación de diferencia sobre la relación de equivalencia. “¿Ustedes acá tienen una demanda que se refiere a vivienda? –pensaba Disraeli– Muy bien. Acá hay una institución, el Estado, que absorbe esta demanda de manera individualizada, pero por favor no vayan a pensar que esto tiene algo que ver con el republicanismo porque en realidad lo concede la bondadosa reina Victoria”. De esta manera las diferencias comenzaban a ser absorbidas. El ideal de esta política será una sociedad en la que no existen diferencias que no puedan ser encausadas por el aparato institucional, ideal que constituye el centro del *Welfare State*.

Los dos ejemplos anteriores nos permiten constatar que lo opuesto a una construcción hegemónica populista es la construcción hegemónica de un Estado en la cual todas las demandas se absorben individualmente sin que el pueblo pueda surgir como actor colectivo. Y aquí aparecen algunos otros aspectos interesantes a los cuales quisiera referirme. En primer lugar, es importante darse cuenta de que en este proceso los nombres que están asociados a la característica del pueblo, a esa totalidad colectiva que llamamos pueblo, son nombres que no poseen ningún tipo de contenido conceptual mediador. Pondré un ejemplo que es utilizado en otros contextos y proviene de la filosofía analítica anglosajona. La discusión marcó dos bandos dentro de esa teoría filosófica: descriptivistas y antidescriptivistas. El problema que se plantearon es la respuesta a la pregunta ¿de qué manera los nombres se relacionan con los objetos? La posición más tradicional, sostenida por Bertrand Russell, era que cada nombre es una descripción abreviada. Así, cuando digo “Bismarck”, en realidad estoy refiriéndome a una descripción abreviada de “canciller alemán de tal período”. Y cada vez que esos rasgos descriptivos de un concepto se aplican a un objeto es porque encuentro que ese objeto de la realidad tiene los mismos rasgos descriptivos de ese concepto.

Los antidescriptivistas sostienen la posición opuesta. Cuando aplicamos un nombre a algo, estamos realizando un bautismo originario de ese objeto de la realidad y nada de la descripción que rodea ese objeto juega realmente un rol mediador. Por ejemplo, -éste es un caso que siempre me gusta citar porque es muy claro- Donnellan, uno de los miembros de la escuela antidescriptivista, postulaba que nosotros sabemos a través de Aristóteles y Heródoto que Tales de Mileto fue el filósofo que dijo que todo era agua. Ahora, supongamos que Aristóteles y Heródoto estuvieran equivocados y que Tales no era un filósofo sino un cavador de pozos que vivía en Mileto y que un día pensó: “Me gustaría que todo fuera agua para no tener que cavar tantos pozos”. ¿Se le aplicaría el nombre “Tales de Mileto”? Evidentemente sí, aunque todos los rasgos descriptivos han desaparecido. Supongamos ahora que, por otro lado, hubiera existido un filósofo desconocido para Aristóteles y Heródoto, que hubiera dicho realmente que todo era agua. ¿Se le aplicaría el nombre “Tales de Mileto”? Evidentemente no; por lo tanto el nombre hace algo más que simplemente aplicar a un objeto un contenido descriptivo previo. El problema que rozamos en el fondo es cómo se constituye el objeto en relación con el nombre. Una posible respuesta a este problema fue dada por el psicoanalista francés Jacques Lacan, para quien el objeto no es nada más que una

construcción retrospectiva por parte del nombre. Y si ustedes aplican esta definición a nuestro análisis de la cuestión de las equivalencias populares, verán que describe exactamente lo que ocurre. La entidad “pueblo” solamente se cristaliza en el momento en que esta demanda empieza a operar con un nombre que unifica a la totalidad del campo popular, por lo que sin este nombre, sin este símbolo, por ejemplo “la vuelta de Perón”, la unidad del campo popular simplemente se desintegraría. Citemos otro ejemplo a modo de explicación. En el desarrollo de la Revolución Francesa, Saint-Just escribía que la unidad de la República era sólo la destrucción de lo que se oponía a ella. Si el complot aristocrático no hubiera existido, la totalidad de este campo se habría también desintegrado. Piensen también en la función que tiene hoy el significativo “terrorismo” en el discurso de G.W.Bush. La teoría antidescriptivista del nombre nos permite entender mucho de estos fenómenos. Si me pidieran que relatara la anécdota de cómo yo escuché hablar del antidescriptivismo por primera vez -no de la teoría, sino del concepto fundamental, porque la persona que me la reveló no sabía nada acerca de esta oposición entre descriptivistas y antidescriptivistas-, diría que fue alrededor de 1957 cuando un amigo de mi padre, del cual todos ustedes han oído hablar, Arturo Jauretche, me llevó a caminar. Salimos por Santa Fe, bajamos hasta la plaza San Martín, donde doblamos por Florida para más tarde despedirnos en Diagonal Norte. En esa caminata Jauretche me explicó que los conceptos son siempre demasiados precisos, por lo que uno tiene que construir el sentido de la realidad mirando el mundo un poco de reojo, usando palabras que sean alusivas, pero no definitorias en sentido estricto. De modo que cuando muchos años después, en Oxford, estudié la polémica entre los descriptivistas y los antidescriptivistas, entendí esta última en un *flash* porque Jauretche ya me la había presentado treinta años antes.

Y aquí aparece otro aspecto importante para resaltar. He realizado mi análisis aceptando un elemento simplificador en mi postulación de la existencia de una cadena equivalencial en la emergencia del pueblo al suponer que las fronteras que dividen lo social no se modifican. Esto supone que los componentes de este lado de la frontera son absolutamente estables. Pero qué ocurre si hay una tentativa hegemónica de este campo para construir una cadena equivalencial que absorba algunos de estos eslabones de la cadena popular pero al mismo tiempo rechace otros. En ese caso la demanda estará sometida a la presión estructural de dos proyectos hegemónicos diferentes y por lo tanto preferimos hablar no tanto de significantes vacíos sino de significantes flotantes. ¿Por qué? Porque es un cierto significativo que permanece indeciso entre varias formas de absorción política. Observemos cómo funciona. Hacia finales de la Segunda Guerra, Mussolini intentó establecer en Italia la *Repubblica di Salò* con el fin de unificar el país. Para alcanzar este objetivo le era necesario otorgar a la RSI una legitimidad ideológica, pero esta legitimidad no podía estar relacionada con ningún símbolo monárquico, porque el rey Vittorio Emanuele III, después de establecer un armisticio con los Aliados, había pedido asilo en el exterior. Entonces Mussolini apela a los significantes de la tradición radical popular, la ideología mazziniana y garibaldiana que había sido tradicionalmente de izquierda. Desde ese momento el secretario general del Partido Comunista, Palmiro Togliatti, comienza una contraofensiva ideológica frente a Mussolini y denuncia que los facistas estaban usurpando los verdaderos símbolos del pueblo italiano, porque en realidad apoyaban, como en el pasado, a las potencias extranjeras (Mussolini quería ocultar que este nuevo gobierno era una pantalla del régimen nazi, a quien le debía su liberación). La lucha ideológica en esos años finales de la Segunda Guerra Mundial en Italia consistió en el esfuerzo de fascistas y comunistas por articular diferencialmente los mismos significantes políticos. Una circunstancia similar se produce en los '40s y a comienzos de los '50s en los Estados Unidos. El populismo norteamericano, que data su origen a finales del siglo XIX, había creado una serie de símbolos que continuaron presentes en

la política de ese país, ligados a contenidos de izquierda. Tenían como meta la defensa del hombre pequeño, *the small man*, frente al poder político y financiero y se exteriorizaban en demandas contra el sistema bancario, las tarifas ferroviarias, la estructura política oligárquica, etc. Este movimiento fracasa por diversas razones pero subsistirá en la ideología fundamental del *New Deal*. Imprevisiblemente, en los años '40s, estos mismos símbolos empiezan a ser absorbidos por un campo político totalmente diferente: el discurso de derecha, cuando George Wallace lanza una contraofensiva en la cual apela precisamente a ellos frente al poder liberal de los Estados Unidos y estos símbolos comienzan a ser parte de la ideología de la *Moral Majority* (que hoy en día ha vuelto a resurgir). La apropiación se consolida durante el período de Nixon y Reagan y está en la base del discurso político de G.W.Bush. Por esta razón el momento flotante de un significativo no debe dejar de ser considerado en el análisis de los discursos políticos. Si Uds. piensan en el peronismo, también se percibe un conjunto de símbolos que fue sometido a lecturas completamente distintas por parte de la izquierda o la derecha peronistas.

Por los ejemplos analizados, podemos concluir entonces que todo tipo de construcción discursiva del pueblo se desarrolla en estas dos direcciones: lo que he llamado "significantes vacíos" y lo que llamado "significantes flotantes". Como fenómeno opuesto encontramos la disolución del pueblo en la cual el momento equivalencial se interrumpe y la absorción de la demanda se produce por desagregación. Pero existe un último aspecto al que quisiera referirme. La cadena equivalencial, según la he desarrollado hasta ahora, contó con otro elemento simplificador que es necesario eliminar: he asumido, por razones expositivas, que todo tipo de demanda insatisfecha será naturalmente absorbida en una cadena equivalencial, cuando en realidad la absorción no se produce en aquellos lugares donde el particularismo de la demanda no ha podido ser eliminado por las equivalencias. En estos casos el semicírculo de abajo sigue operando porque existen demandas de ciertos grupos que simplemente chocan con el particularismo de los otros eslabones de la cadena equivalencial. He llamado a este fenómeno heterogeneidad social. Puede ser observado en el esfuerzo de construcción de un pueblo por parte de los norteamericanos a fines del siglo XIX. La conformación de una identidad popular exigía poner muchos elementos diversos en una cadena equivalencial. Sin embargo, también se enfrentaban varios obstáculos. Por ejemplo, en el sur las demandas de los *farmers* negros y de los *farmers* blancos eran idénticas pero era casi imposible para los *farmers* blancos aceptar la igualdad de los *farmers* negros. Este ejemplo nos permite observar que el particularismo, que había sido debilitado por la cadena equivalencial, seguía siendo lo suficientemente fuerte como para impedir su inclusión en la cadena. En la teoría lacaniana aquello que queda del experimento, el residuo que no forma parte del proceso de constitución, es llamado *caput mortum*. Se pueden caracterizar de la misma manera aquellas demandas que no consiguen formalizarse en términos de constitución política. Con estas tres dimensiones: hegemonía, significantes vacíos y flotantes, creo que tenemos todos los parámetros centrales para entender la constitución de las identidades populares.

Pero existe un último aspecto al que quisiera referirme, asociado a la construcción simbólica de las identidades populares: la categoría de representación social. Esta categoría ha suscitado tradicionalmente desconfianza en el análisis del territorio político. Rousseau consideraba que la representación era un mal menor y que la única forma de democracia real era la democracia directa; pero por el hecho de que sólo se podría practicar en pequeñas comunidades, reconocía que no era viable para los estados nacionales modernos por lo que la representación era un camino inevitable. Una vez que se acepta esta circunstancia, se trató de delimitar la teoría de la representación. ¿De qué manera? Tenemos un representado que transmite su voluntad

al representante. La teoría de una buena representación supone que el representante a su vez transmite literalmente la voluntad del representado, que en este nivel se encuentra ausente. Si esta literalidad no se respetara, creeríamos estar frente a una tergiversación del principio de la representación.

Sin embargo, este tipo de lectura, que aparentemente es tan obvia, presenta una serie de dificultades. En primer lugar, el representante no puede transmitir literalmente la voluntad del representado. Supongamos que los representados son un grupo de productores agrarios cuyo único interés político es que exista un impuesto a la importación de trigo extranjero. El representante no puede aparecer en el Congreso y decir simplemente que la voluntad de sus representados es ésta o aquella, sino que debe elaborar un discurso en el que demuestre que el impuesto a la importación de trigo responde al interés nacional; en este sentido la demanda se vuelve un interés más global que el transmitido. Por lo tanto en este proceso el discurso del representante terminó cambiando la identidad de aquellos a los cuales está representado y a su vez el representado empieza a adquirir a través de la acción del representante una globalidad en su visión política de la cual originariamente carecía.

Pero ¿un sistema es más democrático siempre que el primer momento, de representado a representante, predomina sobre el segundo, de representante a representado? No en todos los casos, porque lo que este modelo supone erróneamente es que siempre el representado tiene una cierta voluntad y que la función del representante es transmitirla en forma pasiva. Pero puede ocurrir que el representado se encuentre en una situación donde no tiene intereses claros que expresen su punto de vista. Pueden existir grupos marginales que no pertenezcan a ninguna posición definida dentro del sistema de relaciones sociales. Este tipo de gente va a necesitar, en primer lugar, un cierto discurso que los dote de una identidad y les permita negociar con un medio exterior. Y en este sentido la función del representante se vuelve de primera importancia. En el norte de Perú, a comienzos del siglo XX, se da un proceso de rápida monopolización de las haciendas azucareras. Con el tiempo se produce una integración vertical y horizontal de estas empresas que acarreará la exclusión de las comunidades campesinas de los circuitos de comercialización. Las consecuencias finales fueron la desurbanización y el surgimiento de una población marginal flotante, que no se integraba de forma orgánica en los procesos de producción. Para estos marginados sociales, que tienen las raíces a la intemperie y no tienen intereses que defender, lo más importante era encontrar una forma de articulación política a través de la cual empiecen a actuar como agentes colectivos alrededor de ciertas reivindicaciones. En el caso que mencionamos, el APRA, en lo que después sería el “sólido norte aprista”, organizó las relaciones sociales al nivel mismo de la sociedad civil y estableció desde bibliotecas populares y clubes de fútbol hasta las formas más elementales de la vida de esa población. Por lo tanto la función del partido político como representante está emparentada con una organización de lo social de tipo primario. Comparando este caso del partido aprista en Perú, con un partido político en una sociedad ya organizada, pensemos en el laborismo inglés, veremos que el partido es simplemente una máquina para ganar elecciones y no posee ninguna función a nivel de la sociedad civil, simplemente porque ésta ya posee su propia forma de organización. Si reconsideramos nuestra primera afirmación, según la cual el momento predominante debe ser la transmisión literal de la voluntad del representado por parte del representante, debemos admitir que esa voluntad se constituye en identidades políticas a través del proceso representativo.

Creo que hoy este tema forma parte de un debate de mayor importancia. ¿Por qué en una era de globalización se generan cada vez más puntos de ruptura con la

subsiguiente producción de marginalidad social? En la medida en que estos puntos de ruptura y de antagonismo se generalizan, la posibilidad de construir cadenas de equivalencias y la posibilidad de imponer cuadros simbólicos que articulen estas cadenas de equivalencias sobre la base de una representación de nuevo tipo, que ya evidentemente no pasa por el partido en su forma tradicional, ocupa necesariamente el centro de la reflexión política. Si ustedes van a las reuniones de Porto Alegre, verán que se realizan toda clase de **workshops** para situaciones concretas de explotación y de antagonismo, creadas por la globalización. También en ellos se percibe el intento de crear lenguajes más universales que den a todas estas demandas un cierto tipo de unidad. Pero no debemos olvidar que este tipo de unidad depende fundamentalmente de una articulación esencial que es la política. Con esto les he dado un cierto panorama de lo que nosotros estamos desarrollando en torno a estas categorías.